

Escuela Freudiana de Buenos Aires

“El sujeto a resguardo”

En 1936, en Marienbad, Lacan plantea, como clave de la revolución del método que Freud inventa, su sumisión a lo real. Freud, al toparse con lo imposible, no solo no se rinde, sino que al llevarlo al límite conceptualiza el inconsciente.

Ahora bien, deudores de su legado, del saber hacer cuando lo real acomete su impronta, cada analista se ve forzado -como le gustaba decir a Lacan- a reinventar el psicoanálisis, para extraer de allí una teorización que lo haga transmisible en la extensión.

Es en este pasaje que me detendré, para compartir con ustedes algunas reflexiones.

Si tempranamente, en su enseñanza, Lacan precisa dejar planteada la alteridad instituyente, que corona luego la invención del objeto “a”, es porque en este sitio queda a resguardo el sujeto cuando la estructura pone en acto la relación al Otro y a los otros.

Instaurada como matriz originaria de una lógica colectiva se articula, de ese modo, lo que el lazo verifica: que hay algo siempre “inadecuado” en la relación del Uno al Otro, porque se trata de una articulación ternaria. Entre dos hay siempre uno y el “a” y en ningún caso puede ser tomado por “un Uno”¹.

Es ahí donde yace la raíz de lo inasible del ser que nos habita.

Imposible soslayar lo que Freud ya había anticipado en 1920: que lo colectivo no es nada sin el sujeto de lo individual². Reza la máxima anticipatoria de la escritura en la que todo discurso se suspende, al formalizar lo que rige para el lazo social.

En los últimos años de su prolífica obra Freud escribe, en 1930, “El malestar en la cultura”³, donde plantea cuestiones fundamentales acerca del psicoanálisis y lo colectivo, que Lacan luego retomará en su Seminario⁴. Menciona allí una tesis central alrededor de la cual gira todo su desarrollo, la del sufrimiento que nos amenaza en tres lugares altamente sensibles para la vida humana: el propio cuerpo y su decadencia, el mundo exterior con su fuerza omnipotente y destructora y las relaciones con los otros seres humanos. Porque una vez introducida la pulsión de muerte en 1920, ya nada, ni la religión ni las narcosis, podrán evitar el encuentro con lo que el más allá trae por la ineludible instancia del automatismo de repetición. Ante la imposibilidad de la satisfacción plena, el hombre seguirá topándose con la insuficiencia que cualquier recurso presenta.

¹ Lacan, J: Seminario XX. Fragmento clase del 16-1-73. Fragmento. Trad. Carlos Ruíz. Biblioteca RRPonte. EFBA

² Lacan, J: “EL tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada”. Escritos I- Siglo XXI Editores.

³ Freud, S: “El malestar en la cultura”. Tomo III-Ed. Biblioteca Nueva. Madrid

⁴ Lacan, J: Seminario VII: “La ética del Psicoanálisis”-Ed. Paidós

Freud aborda el sentimiento de culpabilidad y su relación inconsciente en el progreso de la cultura con el superyó cultural, que deriva en el malestar. La ética, que procede del mismo, se resume en los ideales que, erigidos en normas, se elevan como exigencias en el punto más vulnerable de toda cultura. Entre sus consecuencias, el mandamiento de “amarás al prójimo como a ti mismo”, se destaca como irrealizable, aunque la religión, incitando a su prosecución abunde en promesas y beneficios, abonando así el porvenir de una ilusión.

Al finalizar, Freud siembra cierto escepticismo sobre si en el futuro el desarrollo cultural podrá hacer frente a las perturbaciones desatadas del instinto de agresión y autodestrucción, pues denuncia que el exterminio podría llegar a tal punto que acabe con el último hombre, dejando para Eros el enigma de la resolución de semejante desenlace.

Cuando Lacan retoma en su Seminario⁵ cuestiones fundamentales del texto freudiano, produce un giro decisivo.

La relación indeleble del amor al padre y la rivalidad fraterna, que derivan en el mandamiento del amor al prójimo, pone en el centro de la escena lo que el pequeño otro conlleva en su íntima realidad: “el nebenmensch”, reducto asombroso que hace surgir lo marginal y lo similar, la separación y la identidad. De allí, la recreación de la trampa imaginaria que lo especular pondrá en el encuentro con el semejante hasta tocar el “das Ding”, elemento extranjero que en su intimidad se presenta como Otro absoluto del sujeto. Se trata de un surgimiento primordial respecto de lo extraño, en el que el paranoico no cree y que transporta la inminencia del goce.

Lacan lee en “El malestar en la cultura” que el goce es un mal y lo es porque entrafña el mal del prójimo; como entrafña también el más allá del principio del placer, la pulsión de muerte introduce en la relación al otro, el goce inherente al lazo mismo.

Así, el goce del prójimo nos plantea el verdadero problema del amor.

Finalmente llegamos a la pregunta por el psicoanálisis y el lugar del analista. Siguiendo la huella que Freud trazó dejando a Eros la salida, Lacan supo indicar la paradoja del mal en el goce que comporta toda relación al otro.

Ubico entonces, que la posición del analista en la que se sostiene su función resulta decisiva. Si el discurso analítico es el lazo social que la transferencia instaure en cada análisis, su eficacia en la resolución de la problemática del goce resulta crucial.

Aunque no garantizada, llama a la responsabilidad ética en su conducción. Se trata de una salida que acontece uno por uno, porque como no se colectiviza, no hay una para todos. De lo contrario, sería el retorno a lo peor para entronar al ideal.

⁵ Lacan J: “La ética del psicoanálisis”. Ed Paidós.

Además, hacer del psicoanálisis una “weltanschauung”, es pervertir su campo y conducirlo a una ideologización que traiciona sus fundamentos.

Por el contrario, remitirlo a la función analítica deja abierto el paso para poder situar otro destino del goce, una vez reducido el síntoma que el fantasma ponía en escena.

Entonces, es en la transferencia misma donde se juega la partida en la que el goce sea puesto en cuestión, en tanto el analista se hace ser por el semblant que ocupa, el objeto fantasmático que regía la vida del sujeto. Un punto de viraje crucial en el que, producida su caída, arrastra la desuposición del saber en el que se sostuvo toda la experiencia.

Recibida la verdad rechazada del goce, el analista realiza la figura del santo, tal como señala Lacan, en tanto encarna la eyección de un goce. Es más, el analista es desecho de un goce singular⁶, que al haber pasado del lado del Otro escribe su inexistencia.

Ahora bien, qué resta del lado analizante.

Lo dejo planteado.

Si el prójimo ha advenido a un buen lugar, recreando la falta⁷, elaboración que atañe al lazo transferencial, y si cuenta, ya que no siempre sucede, con el recurso reparador del sinthome, para saber hacer con lo que no tiene remedio, si ha podido canalizar el goce por una vía sublimatoria que haga del lazo al otro una instancia creadora y no depredadora, quizás el psicoanálisis pueda efectuar algún aporte vivificante a la vida colectiva.

Alejandra Rodrigo

Escuela Freudiana de Buenos Aires

Mayo, 2025- Buenos Aires, Argentina

⁶ Lacan, J : “Televisión”. “Otros Escritos”. pg.546. Ed. Paidós

⁷ Vegh, I: “El prójimo: enlaces y desenlaces del goce”. Lugar Ed.